El manifiesto de un ficticiano

VALENTINO

Yo, Valentino, ciudadano, desde este momento me sublevo públicamente contra el orden establecido en Ficticia, y en este manifiesto expongo los motivos que me llevaron a la rebeldía. Esta es mi triste historia. Hasta no hace mucho tiempo, yo vivía como cualquier otro ficticiano de la ciudad: por las mañanas, recorría sus calles, en las tardes me instalaba en su puerto, ansioso por la llegada de los marinos y de escuchar sus relatos, y por las noches, cansado, me sentaba en una butaca del café para conversar con algún parroquiano sobre las cosas más triviales. Como se ve, mi vida flotaba en un mar de tranquilidad.

Una vida regalada, diría cualquiera, y en verdad que lo era. No había nada de qué preocuparme, ¡ni de qué pensar! Parecía que todo había sido hecho a mi manera, en la medida justa de mis sentidos. No existía para mí, más allá de ese puerto, y de ese mar tan insondable, más vida que la mía. Eran sus aguas tan azules, su cielo tan límpido y sus nubecitas tan blancas, que mi disposición poética se inclinaba a la exploración de mí mismo. Naturalmente, mi ser, yo mismo, no teniendo otra cosa que hacer, decidió un buen día poner por escrito todo aquello que sentía en lo profundo de sus entrañas. Aquí nace el germen de mi rebelión.

Pero no contaba yo con que mi ciudad estaba alejada del mundo (¡cómo podría saberlo entonces!) enclavada en una remota bahía, muy distante del mundo conocido. Tenía yo en mi casita un anaquel donde guardaba atesoradamente unos viejos libros franceses (con sinceridad, tenía casi de todas las nacionalidades, pero habían sido escritos muchos, muchos años atrás), que mis amigos marinos habían traído consigo de más allá del mar, y que imaginaba yo era lo último que se había escrito por aquellos lares. Con la ayuda de estos me perfeccioné en el arte del escriba. Mis poemas eran, literalmente, desgarradores, patéticos y con aire sabihondo. He aquí una muestra:

En esta oquedad divina
antielectrones del día
humor de naranja
subentropía
tenis.

Sin duda alguna, una pieza maestra de arte surrealista, pero pronto me di cuenta de que este género literario no era mi fuerte, aunque mi talento era evidente. Descubrí, atónito, que mis dotes reclamaban un esfuerzo mayor que los ejercitase. El cuento, sí, el cuento literario era justamente lo que necesitaba. Así que me decidí a poner en prosa las más graves composiciones existenciales. En mis narraciones libres, las tragedias existenciales estaban a la orden del día, exaltaban cada una de mis cualidades y defectos. No podía ser de otra manera. ¿No me creen? Lean:

«REPLETO DE MÍ, asediado en mi piel por un dios inalcanzable que me hunde. He descubierto como resucitar el milagro de la vida a partir de lo más seco del Hades. Y ahora estoy aquí, pequeño demente, tan sabihondo como ayer. Mi cerebro lo ha visto todo –por ende, dejemos que aflore–: lo sé todo con inacabable empeño; y luego de tantos y tan largos desvelos (Medicina, Jurisprudencia, Filosofía... ¡ay! y también tú Teología). Nada hay más trascendental, es mi hipótesis, de que haya dejado de hablar en plural y volver a ser yo. En conclusión, la locura está desmembrando mis variadas facetas, y más temprano que tarde despertará. El miedo, pobre de mí, de que la bebida sea venenosa y que en mis arterias el fantasma cual justiciero sus molares inserte».

¡Mordaz! ¿Quién se atreve a decir que no? Al puro estilo ficticiano. Goethiano hasta los canutillos. Pero Goethe hace cientos de años que murió. He allí mi primer error. Y sin embargo me negaba a aceptar esa cruda realidad. ¡No, no, no es posible! Semejante monumento no podría haber muerto como un hombre más: ¡Es eterno! Mis amigos parroquianos apoyaban mis opiniones, para muchos clarividentes, y en conjunto decidimos convertirnos en los guardianes del saber y la

composición. ¡Truene, llueve o relampaguee, nuestros ideales permanecerán incólumes! Entonces emprendimos una cruzada por la defensa de nuestros ideales. Juramos que sería a morir. Éramos nosotros contra el Mundo. ¡Épico!

Así que nos habíamos jurado que cualquier foráneo que llegara a la ciudad tendría que ser expulsado, so pena de sufrir la muerte si se empecinaba en permanecer en la bahía. Era en serio. No fueron pocos los que sintieron la reciedumbre de nuestros puños. Uno a uno, los expulsábamos bajo las más penosas diatribas, las peleas más fieras. En ocasiones salíamos nosotros mismos heridos por la impetuosidad de nuestras reyertas. ¡Éramos el escuadrón demoledor! Todos en la ciudad nos temían. La fuerza nos daba ese derecho. Gobernábamos a nuestras anchas, y nos reíamos de los noveles que amenazaban nuestro poder. Muchos de ellos jamás volvieron a tomar la pluma gracias a nuestras amenazas. ¡Qué equivocado estaba en ese entonces! ¡Mea culpa, mea culpa, mea culpa!

Yo siempre creí que estaba en lo cierto. Mis maestros me daban ese derecho. Tenía yo, como dije antes, en mi anaquel ese montón de libros de inicios y mediados del siglo XX que me daban la razón: Era un humanista. Su estilo, su filosofía, me justificaban. Cómo habría yo de abjurar, por ejemplo, de "La Nausea", de aquel pensador francés. Impensable. Existíamos nosotros nada más. Los objetos, la naturaleza y las demás cosas del Universo eran eso, objetos, y apenas merecían una simple descripción en mis relatos. Toda la atención del mundo habría de estar sobre mí, sobre mí ser, y de éste las palabras, la filosofía, la ciencia, ¡todo!, tendría que fluir hacia fuera. Primero sería yo. Hablaría de mí, de mis situaciones, mis pasiones, buenas o malas, y de los efectos de éstas hacia los demás. No les estoy mintiendo. Creo que he sido contundente con lo que he escribí allá arriba, en el relato anterior.

Y no sea crea que no era romántico. Lo soy. ¡Ah, el amor, el amor, sí, el amor! ¡Quién no ha derramado una lágrima por él! Y yo he sido quien

más las ha derramado. ¿Dante? ¡Por favor! ¡Ah, me tientan, me tientan! Pero no caeré en sus trampas. Qué importan las trampas si en mis narraciones prima la existencialidad antes que las demás cosas del Universo. Sí, he sido muy mujeriego, desde jovencito, cuando apenas tenía pelo en el pecho. Me gustan las mujeres, ¡a quién no! A menos que seas un… Ni eso importa tampoco. El mundo es libre, y cada quien escoge lo que quiere ser. ¡Cómo he de juzgar a otros si yo mismo estoy chapaleando en el lodo! Pero ese es otro cuento. Como decía, yo he sido siempre muy mujeriego –muchas ficticianas podrían atestiguarlo–, razón por la cual mi vida ha estado llena de ires y venires (vaivenes, pues, para decirlo literariamente). Como me gusta decirlo: mi corazón ha sido desgarrado por el amor. Es cierto. Y esta ha sido otra las causas que me llevaron a la rebeldía.

Y éste prima sobre las demás cosas. Muchas han sido las noches que he pasado en vela por culpa del amor. He llorado como un niño, pero he sido feliz. Ahora se me vienen recuerdos de esos días de mi primera juventud, cuando todo giraba en torno de mí, sin que yo me diera cuenta siquiera lo más mínimo de qué era lo que ocurría. Como buen romántico, nada que no fuera el objeto de mi amor me importaba. ¡Era atrevido! Un día me enamoré de una jovencita bella, blanca (a la europea), como a mí me gustan (mas he sido feliz sólo con las indias), que solía reposar en el puerto. Esa vez mi aspecto aindiado fue mi peor enemigo. Ella, se veía, tenía clase, glamour. ¡Y cómo no! Me excitaba con tan sólo rozar esa piel blanca como la nieve. Era una delicia. Pero ella había dicho que yo era un "indito" nomás, y que jamás pondría sus ojos en mí. ¡Palabra fatal! ¡Un indio! Habría que cambiar entonces, me dije. Dejé a un lado mi huacalito, me conseguí un smoking, me lamí el pelo (la gomina me sentaba horrible), y decidí emprender la conquista.

La primera impresión que ella tuvo de mí le sentó muy mal, imagino, pues en uno de sus accesos de risa que delicadamente me obsequió, varios de sus amigos tuvieron que sostenerla para que no cayera desmayada en el suelo. Siempre he sido un hombre sereno, así que no

me sentí afectado por dicho episodio. Pero la tenacidad lo puede todo. ¡Palabra santa! Ella no contaba con que yo poseyera un arma letal: la literatura. Así que emprendí de nuevo el asedio. Tras una larga noche de desvelo, calurosa y cruel (cruel porque yo ni siquiera fumaba, y no tenía con que entretenerme en los ratos de vacío, más el fastidio ardiente de la vaporización), arreglé una de mis composiciones más logradas:

«…Con el paso de los años, la gente del pueblo, al observar aquel hermoso rosal escarlata, empezó a contar, en un silencioso murmullo, la historia trágica de aquel joven que se había enamorado de la rosa escarlata. Decían que el joven había muerto de amor antes que de los escopetazos».

No hay que decir más. Ella cayó, esta vez, en mis brazos. Había sido un golpe audaz. Su corazón, futilísimo, no resistió el encanto. Pero no se crea que la vida con ella fue fácil, no, ni siquiera se lo imaginan. Los primeros días fueron de rosa. Como ya no me engominaba el pelo, las hebras empezaron a erizárseme arriba abajo y por todos lados. Al principio me avergonzaba, pero cuando un día me di cuenta de que ella disfrutaba de palmearme con tiento arriba de la cabeza, me dije: ¡Al diablo la engomina! Después de todo soy un indio bello. Pero pasaron los días, y aunque ella estuviera súper enamorada de mí, yo empecé a tener escrúpulos. La piel blanca que antes me seducía, ahora que lo veía bien, parecía de leche. ¡Y yo soy alérgico a la leche! Pero, se preguntarán ustedes: «¿Qué tiene que ver esto con tu rebelión?». Ahí está el asunto. Yo suelo equivocarme siempre, en todo, con la primera impresión. Ella me había gustado al principio, porque me impresionó, pero ya después, analizando bien el asunto, en realidad no era para tanto. Luego comprendí donde había estado mi error.

Una noche, de esas en la que uno anda muy perceptivo, después de salir del café, caminando junto al puerto, teniendo de fondo ese mar interminable, había yo escuchado una narración de mi amigo Jorge, el cuentero, quien nos había hecho pasar (no puedo decir que felizmente)

una velada, diría, sin aburrimiento, cuyo tema no cesaba de repetirse en mi mente. Me puse a observar detenidamente el argumento de la narración. El tema, como el de siempre, había estado centrado en algo hartamente conocido por mí y por los demás. Toda la narración había estado centrada en el manejo de nuestras impresiones en relación con situaciones cotidianas, incluso aparecieron en su discurso los sueños que por las noches nos atormentaban. La narración era libre y corta y, se entiende, no debía ser profunda. Luego empezamos todos a narrar nuestras propias composiciones: se relataba en ellas las experiencias por las que habían pasado nuestros hermanos, tíos, abuelo, abuela, nietos, vecinos, extranjeros, el perro, el gato, en fin, casos de la vida real, cotidianos… Nada de qué asombrarse. Digo entonces que prácticamente habíamos hablado de nosotros mismos. Me habían parecido todas buenas, algunas hasta excelentes, pero, como dije, ya estudiándolas detenidamente, pude advertir que todas habían sido narradas empleando un mismo material, una misma plataforma.

Como decirlo (yo no soy critico literario), me había parecido que nuestros relatos estaban enfocados en temas, por una parte, demasiado repetitivos y desgastados, elaborados a partir, si mal no recuerdo haber dicho, de una misma base material, con motivos ya utilizados hasta la saciedad por muchos anteriormente, quienes, para desgracia nuestra, ya habían alcanzado la forma perfecta de dichos relatos, y que después de ellos, de seguir utilizándose, sólo podría engendrarse decadencia, pues su ciclo llegó a término una vez que la obras habían alcanzado su perfección. Además, por los relatos de los marineros que venían desde lejos, pude advertir que los tiempos exigían otro tipo de material de exploración. No obstante, para mí felicidad, también advertí que el equilibrio entre forma e idea de nuestros relatos era el adecuado, y que con otra materia prima, se podrían hacer cosas mucho mayores que las que actualmente se habían hecho.

Seguía caminando por el malecón, reflexionando sobre este asunto, con mis pelitos erizados por la brisa marina, cuando mis ojos se toparon

con la inmensidad del mar. Recuerdas cuando de niño te preguntabas: ¿Qué habrá más allá de ese mar? ¿Existirán tierras, montañas imponentes, y en ellas hombres que las escalen con esfuerzo, evadiendo un montón de peligros? ¿Habrá lugares remotos que descubrir, que narrar acaso? ¿Habrá más allá hombres que hayan descubierto algo nuevo? ¿Podría yo narrarlos, describirlos? ¿Y este cielo? ¿Flotaré yo solo en este inmenso espacio? ¿Lo habrá explorado ya alguien? No merece acaso una letra de mi torpe plumilla. ¿Y aquí, bajo mis pies, esta arenilla incontable, qué tiene que decirme? ¡Oh, mira quien va allí, arrastrándose contra las dunas, un cangrejo azul! Ja, ja.

Esa sola visión de un Universo vivo me dejó extasiado. Era como una especie de romanticismo. Pero había una diferencia entre esta nueva impresión y el último: yo ya estaba avisado de lo que había sido el romanticismo. Había que trabajar las formas sobre una base distinta de aquél. ¿Quizá había que trabajar sobre bases históricas, sicológicas, científicas, etcétera, qué se yo? El genio escogerá el camino. Y hay tanta materia prima en que trabajar. Seguía caminando, y, aún en la oscuridad, con los ojos fijos en el firmamento, recordé una vieja frase de estudio: la vida tiene color, fuerza, dinamismo, acción y móviles, ansiosas por ser descritas. Y las palabras, como la vida, tienen esencia propia. ¿Y qué había estado yo haciendo todos estos días? ¡Pues hablando de mí mismo y de mis problemas! ¡No era acaso yo un ínfimo ser en todo este Universo lleno de vida, color y acción! Si bien es cierto que quizá alguien podría interesarse por mis eternas situaciones existenciales, la verdad es que nadie aligeraría el paso por leer un libro de cien páginas que hablasen sobre ellas. Entonces comprendí que debía hacerme a un lado, y que debía explorar otros senderos.

Había sido culpa mía, por mi ceguera, y fue duro aceptarlo. Me dije que abandonaría el escuadrón, y lo cumplí, no si antes haber sido amenazado con la muerte por traidor. He sido espiado y perseguido hasta el sol de hoy. ¡Oh, ciegos! Están igual que yo. ¡Con qué autoridad podría señalarles a otros el camino si yo mismo ando en tinieblas!

Triste situación. Pero, aun así, me negaba a reconocerlo. Mas todas estas reflexiones seguían martillándome el cerebro, y sumado a ello la frustración del fallido romance con la güera, pensé que ya era tiempo de que mis fuerzas y entusiasmos se abrieran paso a la imaginación, explorando esos nuevos mundos. Estaba harto de mí mismo y de mis circunstancias. Hablé de ello con mis amigos. ¡Estás loco!, me dijeron. ¡Qué me importa a mí lo que ocurre en la China! No son acaso más importantes nuestras circunstancias, dicho con modestia, excepcionales. ¡Deliras, muchacho! ¿Color, fuerza, dinamismo? ¡Sí nosotros lo tenemos todo! ¿Qué quieres que te narre un episodio sobre ríos embravecidos, caballos jadeantes, y hechos de personajes raros de la Historia? ¿Un cómic? ¿Es eso lo que quieres? ¿Sabes qué? Antes prefiero hablar sobre el piano de mi abuela y la silla vieja en la que se sentaba a tocar. No ves, lelo, que es más interesante hablar sobre lo que yo pienso y siento acerca de las cosas.

Al escuchar aquellas palabras, el mundo se me vino encima. Ya no había cupo para mí en la ciudad. Un giro de trescientos sesenta grados en mi vida. Lo sucesos trágicos que ocurrieron luego de esta conversación fueron determinantes para que yo decidiera marcharme. ¡Pero, oh Destino, quién podrá entenderte! Como me opuse a la forma de pensar de mis amigos, éstos empezaron a discriminarme, incluso a perseguirme, imbuyéndose en la caza del rebelde soñador. Me empeñé en partir lo más pronto posible, pues las condiciones se habían vuelto insoportables hasta para el más fuerte, y juré que nada me detendría en la búsqueda de nuevas formas, nuevas figuras y nuevos escenarios. Para ello tendría que reinventarme, y largarme de la ciudad. ¿Y cómo hacerlo? Necesitaría un barco. Ya para entonces era un rebelde velado en la comunidad.

Fue entonces cuando decidí, ingenuamente, ir a las autoridades de mi ciudad, Ficticia, para que me alquilaran un bote, me extendieran el pasaporte, y así marchar rumbo hacia esos lugares ignorados. Su respuesta, seca, fue que no, advirtiéndome que si seguía hablando mis

narices irían a parar a la cárcel y el infierno. Eso me enfureció tanto, que me declaré en permanente estado de rebelión. Fui un tonto. Otro error fatal. Debí haberme callado desde el principio. No tardó mucho en que los mastines del escuadrón, esos mismos que yo había creado, salieran furiosos a acecharme.

No había escapatoria. Debía rendirme, callar y sufrir en silencio mi verdad. Pero la tenacidad, ¡ah, esa amiga fiel!, apareció para consolarme. ¿Por qué no construyes tú mismo el bote?, me dijo. Sí, construiría la nave yo mismo, con mis propias manos. Una vez había escuchado que el mundo era de los audaces, y realmente llegué a creer, en esos días, que era cierto, pues cerca del astillero había un escondite, como enviado del cielo, perfecto para fabricar el bote, además de bastante madera. Trabajé en él todas las noches de una semana. Pero volví a engañarme. Ya para acabarlo, fui descubierto. Nada más imposible. Se me acusó de conspiración.

A rastras, fui llevado al calabozo. Pasé tres días en una oscura celda, viviendo entre ratas y cucarachas. Pero las ansias de libertad eran superiores a cualquier represión. Dos días después, había escapado cortando los barrotes con una segueta improvisada, que había fabricado de un cuchillo del comedor. Estaba decidido a largarme. No me daría por vencido, y comencé a fabricar otro bote, más allá del astillero.

Pero el escuadrón demoledor corría presuroso a desollarme. Sus pisotones resonaban tan cerca de mí, que podía escucharlos a decenas de metros de distancia, sintiendo su hosca respiración atrás de mi nuca. A menudo tuve que cambiar de domicilio para evitar sus puñales. Pero otra vez fue imposible.

Me cogieron una fría madrugada lejos del astillero, a un pie para embarcarme. Antes había visto la bahía y respirado hondo, por la nostalgia. Había caminado por la playa, arrastrando el bote, con las

lágrimas rodándome por la cara, y las olas golpeándome las pantorrillas, cuando apareció el escuadrón demoledor. Me atraparon.

Ese fue mi fin.

Hoy estoy aquí, injustamente encerrado en el Faro, haciendo pública mi rebelión contra el orden establecido en Ficticia, soñando con mi pronta liberación. He escrito este manifiesto en sus fríos calabozos, para dolor mío, con migajas de pan blanco remojadas en leche. ¿Qué me mandarán a ejecutar por sedicioso? ¡No me importa! ¡Qué más da! Si desde que me rebelé la primera vez mis huesos, triturados por los mastines, ¡ay de mí!, del escuadrón demoledor, han conocido todas las prisiones del puerto. Mas mi ánimo y espíritu continúan indemnes, esperando la llegada de esa nueva generación que vendrá a rescatarme, haciéndome justicia. En tanto, mis ojos, a través de estos barrotes oxidados, siguen extasiándose por la belleza de ese Universo vivo.

FIN.